

IPC 1,1 vs. Gobierno 0

Guillermo Rozenwurcel*

El título de esta nota también podría ser, parafraseando a una exitosa obra teatral actualmente en cartel en la avenida Corrientes, “Yo (Kirchner) soy mi propio enemigo”. Es que resulta difícil entender cómo, a falta de acechanzas reales, el propio gobierno consigue atraparse a sí mismo en semejantes enredos.

Sin que, por el momento, la oposición constituya un desafío electoral serio para las próximas presidenciales, predecir si la “pingüina” puede o no vencer en la primera vuelta parece ser la única incertidumbre de la pareja que habita en Olivos para decidir si será ella o él quien encabece la lista del Frente Para la Victoria.

Entre tanto, la economía continua sonando como un violín, el consumo crece vigorosamente, y un número de argentinos sin precedentes desde hace muchísimos años nos tomamos vacaciones en las playas y otros centros veraniegos del país y el exterior. “Con la panza llena, el corazón contento” y una recurrente miopía que ya es nuestra marca registrada, hacemos oídos sordos a las advertencias de los especialistas sobre la posibilidad de futuros problemas energéticos y de infraestructura, la inseguridad nos preocupa espasmódicamente cada vez que alfora un nuevo episodio aberrante pero nos olvidamos rápidamente del tema hasta el próximo episodio y la fragilidad institucional es un tema demasiado abstracto para conmovernos.

El escenario político, casi idílico para el gobierno, sólo se ve sacudido esporádicamente por los *bloopers* gubernamentales, como ocurrió en el conflicto con Uruguay por la instalación de las papeleras, que el gobierno dejó crecer y ahora no sabe cómo desactivar, o con el caso Gerez, cuyo intento de manipulación para tapar el fracaso de la búsqueda del desaparecido López terminó con el tiro saliendo por la culata.

El grotesco episodio desatado a propósito de la remoción de Graciela Bevacqua, la funcionaria del INDEC a cargo de Dirección Nacional de Precios Minoristas y responsable del cálculo del IPC es, hasta ahora, el último *blooper* oficial. Aparentemente despavorido con la posibilidad de que el índice del primer mes de 2007 fuera superior al 1,3% de enero del año pasado, el *moarenismo* (no por Mariano, el prócer de la Primera Junta, sino por Guillermo, el enigmático Secretario de Comercio Interior) habría acentuado sus presiones sobre el INDEC para obtener información de ese organismo protegida por el secreto estadístico.

Es difícil saber si el *moarenismo* es la “enfermedad infantil” o el “lado oscuro” del *kirchnerismo*, pero el resultado fue otro gol en contra para el gobierno. La credibilidad de los índices del INDEC ha quedado seriamente comprometida, no por la calificación de sus profesionales y técnicos, reconocida nacional e internacionalmente, sino por la grosera injerencia del poder político. Esta pérdida de credibilidad afecta a toda la sociedad pero, en lo inmediato, afecta sobre todo al propio gobierno, cuyo desempeño en materia económica y social, previsiblemente muy positivo en 2007, deberá medirse a través de los indicadores del propio Instituto cuestionado por el Ejecutivo.

Desde una perspectiva más amplia, los costos del episodio para el normal funcionamiento de la economía, aunque tal vez no demasiado evidentes en lo inmediato, pueden resultar muy elevados. Las estadísticas oficiales son un bien público. El Estado es responsable de su provisión regular como también de su calidad y credibilidad.

* Economista. Ex Secretario PYME. Profesor de la UBA y UNSAM.

Múltiples decisiones económicas, de las familias, las empresas y el propio gobierno se basan en los indicadores socioeconómicos que produce el INDEC. Sólo para mencionar dos ejemplos salientes, con importantes repercusiones macroeconómicas, el IPC es crucial para encauzar las negociaciones salariales en el mercado laboral y para determinar la cotización de una cantidad significativa de títulos de relevancia en los mercados financieros. La calidad del IPC y la transparencia de su metodología de cálculo son condiciones indispensables para disponer de información fiable al momento de realizar transacciones o contratos privados y de tomar múltiples decisiones de política. Lo propio vale para el resto de los indicadores elaborados por el INDEC.

Para finalizar, es preciso reflexionar, aunque sea brevemente, sobre otras tres aristas del episodio. La primera se refiere al relevo propiamente dicho. Independientemente de los méritos de la funcionaria relevada, que los tiene, y de las atribuciones de sus superiores para desplazarla a otras funciones, que también existen, lo que se puso una vez más de manifiesto es la ausencia de una política orientada a jerarquizar la función pública mediante la consolidación de un servicio civil meritocrático estable y bien remunerado. La segunda tiene que ver con la conveniencia de transformar cuanto antes al INDEC en un ente autárquico con suficiente autonomía del Ejecutivo para restablecer su credibilidad y la de sus indicadores.

La tercera, finalmente, alude al fenómeno subyacente a toda la trifulca: el proceso inflacionario. No tengo ninguna evidencia para creer que el IPC haya sido adulterado. De hecho la media de los pronósticos privados relevados por el BCRA se situaba en torno a la cifra finalmente difundida. Por otro lado, el aumento de 1,9% en los alimentos y del 2,6% en la canasta básica distan de ser noticias agradables para el gobierno. Pero si uno toma conjuntamente en cuenta el importante aumento observado en los precios no controlados, el posible impacto en los índices de los meses venideros de algún aumento rezagado en los precios de los servicios turísticos y de los incrementos de la medicina prepaga que no entraron en el cómputo de enero, más la inflación “reprimida” en los servicios públicos congelados y demás precios controlados, está claro entonces que, más allá de los índices y los controles, el problema de la inflación existe, y posiblemente, de no encarárselo seriamente, tienda a agravarse.